

# El último territorio *unplugged*

Jordi Soler

Antes de que el avión despegue, la azafata pide a los pasajeros que apaguen los aparatos electrónicos, para impedir que el misterioso espectro que estos liberan, ese fantasma electrizado que al parecer se expande como un gas, interfiera con los controles de la nave.

La verdad es que nadie nos ha podido explicar, de manera convincente, de qué forma puede afectar, por ejemplo, la canción que reproduce un iPod, o el crucigrama que aparece en la pantalla de una tableta, los controles de un avión. Es probable que se trate de una maniobra para obligar al pasajero a que se concentre, a la hora del aterrizaje y el despegue, en alguna eventual indicación de las azafatas o del piloto. O también puede ser uno de esos mecanismos que ejerce la autoridad para dejar muy claro, desde el principio, quién manda y quién debe obedecer.

El caso es que mientras la enorme mayoría de los pasajeros ha tenido que apagar su instrumento electrónico, y como compensación se mira las uñas con extrañeza, o mira fijamente el respaldo del asiento que tiene enfrente o con mucha intensidad hacia un limitado más allá, el lector de libros de papel resiste, sigue leyendo bajo el rayo de su lucecita individual, permanece enchufado a su actividad en medio de esa multitud de gente que ha tenido que desenchufarse.

Lo de permanecer «enchufado» es una paradoja porque una de las grandes ventajas de los libros de papel, en esta era de Google y de Twitter, es precisamente su naturaleza *unplugged*. En un mundo tomado por los aparatos que se conectan, por los cables

---

Jordi Soler acaba de publicar *Dalí y la más inquietante de las chicas ye-yé*, en la editorial Mondadori, Barcelona, 2012.

que abarrotan portafolios y maletas, el libro de papel empieza a convertirse en el más ligero, sencillo, práctico y vanguardista de los inventos, y el lector de estos libros en el último de los mohicanos desenchufados.

No tengo nada en contra de los libros electrónicos, leo en ellos y me parecen un gran invento. También creo que hay libros, ciertas novelas, algunos ensayos, esas obras que no nos parecen fundamentales, que es mejor tenerlas en formato electrónico, es decir: no *tenerlos*, no ocupar con ellos el espacio físico que podrían ocupar libros fundamentales, esos libros que es mejor tener en formato de papel.

Por ejemplo, no me gustaría leer *Ana Karenina*, o *Ulises*, o *Paradiso*, o *El legado de Humboldt*, en un libro electrónico. ¿Por qué? Por varias razones, empezando por esa pulsión materialista, en el sentido presocrático y decente del término, que me impulsa a tocar, a oler, a morder, a sentir el peso, la forma y la temperatura de los objetos que me rodean. Pero también porque el libro electrónico no es un libro en sí mismo, es más bien una carcasa que necesita ser rellena para tener sentido, en cambio el libro de papel es un universo completo, redondo, perfecto.

Aquí ya vamos llegando a una simplificación propia del lector de estos tiempos: se leen en formato electrónico aquellos libros que no quieren conservarse, esos a los que, con toda seguridad, no regresarás en el futuro. Pero me temo que esta es una consideración, como he dicho, de estos tiempos, porque los lectores del futuro, esos que leerán libros dentro de un siglo, no tendrán esta clase de reparos, lo leerán todo en formato electrónico y los libros de papel serán para ellos piezas excepcionales, raras, *unplugged*.

Hace unos días vi, en la ciudad francesa de Grenoble, como parte de un hermoso festival literario que se llama *Le printemps du livre*, una exposición de fotografías de George S. Zimbel. Este fotógrafo se hizo mundialmente famoso por aquella fotografía de Marilyn Monroe, que está de pie sobre un respiradero del metro en el instante en que una corriente de aire le levanta la falda y ella, con una coquetería de película, trata de ocultar, sin éxito, sus bragas blancas.

Pero esta reciente exposición de Zimbel es mucho más modesta que la fotografía que lo hizo mundialmente célebre; se trata de

una colección de ciudadanos comunes, sorprendidos en el acto de leer, ese acto característico, íntimo e insustituible, que no se parece a ninguna otra actividad. La idea de Zimbel es mostrarnos la parte física de la lectura, la forma en que nos sentamos, en una silla o en un sillón, en un prado o en un escalón, o en la orilla de una acera; o la forma en que nos echamos en la cama, o en un banco del parque o en el césped. La actitud del lector que está leyendo es única, hay una concentración, una abstracción y una tensión que se reflejan en cada músculo del cuerpo.

Siempre he encontrado absurda la comparación entre la literatura y el cine, entre las novelas y las películas o, llevando la comparación al plano personal, entre el lector y el espectador de un *film*. No es lo mismo *ver* imágenes, que *leerlas*, porque quién las lee tiene que imaginarlas para poder verlas, a diferencia de quién se sienta a contemplar, desde su butaca, la imagen ya construida. Tampoco tiene nada que ver, entre un lector y un espectador, la forma en que trabajan las ideas, los conceptos, las historias y sus personajes, ni tampoco el nivel de esfuerzo y de compromiso que se necesita para leer una novela, que suele ser mayor que el que demanda una película. No digo que una sea mejor que la otra, simplemente que se trata de dos disciplinas, y de dos experiencias, completamente distintas. Me parece que la frase «esta novela es muy cinematográfica», raya en el absurdo.

En cambio encuentro que la literatura se parece a la música, las dos artes exigen un alto nivel de abstracción, el que lee y el que escucha música tiene que hacer el esfuerzo de imaginar una parte de la obra, el escritor y el músico proponen los fundamentos, crean un espacio, una idea, una trama, un ritmo, un tempo, un color, una voz, y quién quiera acercarse a la obra, ha de interactuar con todos estos elementos.

De mis experiencias como lector, como persona que lee libros para divertirse y para convertirse, para aprender y también para matizar la realidad, y muchas veces para desvelar los trucos y vampirizar a los escritores que admiro; de todas estas experiencias, cuento una que me sucedió en la feria del libro de Madrid. Antes de llegar a la carpa donde me correspondía hablar, como esos actos me ponen siempre un poco nervioso, recalé en un chiringuito con el proyecto de generar un poco de paz interior. a par-

tir de un whisky y de la lectura del libro que llevaba en el bolsillo de la americana: *Las hojas de hipnos*, de René Char.

El hombre que atendía el negocio miraba un partido de fútbol en la televisión, uno de esos juegos que repiten a deshoras en los canales deportivos y que, esa tarde, llenaba el chiringuito con la voz parca del locutor y el esporádico griterío de la tribuna. A medida que me iba adentrando en la lectura comencé a notar que en cuanto leía una línea poderosa, por ejemplo, «entre la realidad y su informe está tu vida», salía una ruidosa ovación de la tribuna. La situación era absurda pero, cinco minutos más tarde, empezaba a quedarme claro que había una conexión entre las líneas que leía y las ovaciones que salían del televisor, y a tal grado llegó mi compenetración con el fenómeno que, diez minutos después, ya me había puesto a provocar las ovaciones en ese estadio remoto. Recuerdo una especialmente sentida, que llegó después de un momento de calma chicha en la gradería, sobrevino como un chubasco en cuanto terminé de leer: «la lucidez es la herida más próxima al sol». Como no podía ser de otra manera, el final del capítulo coincidió con el silbatazo final. Bebí de un trago lo que quedaba en el vaso y caminé rumbo a la carpa, gozando de una oscura satisfacción ©